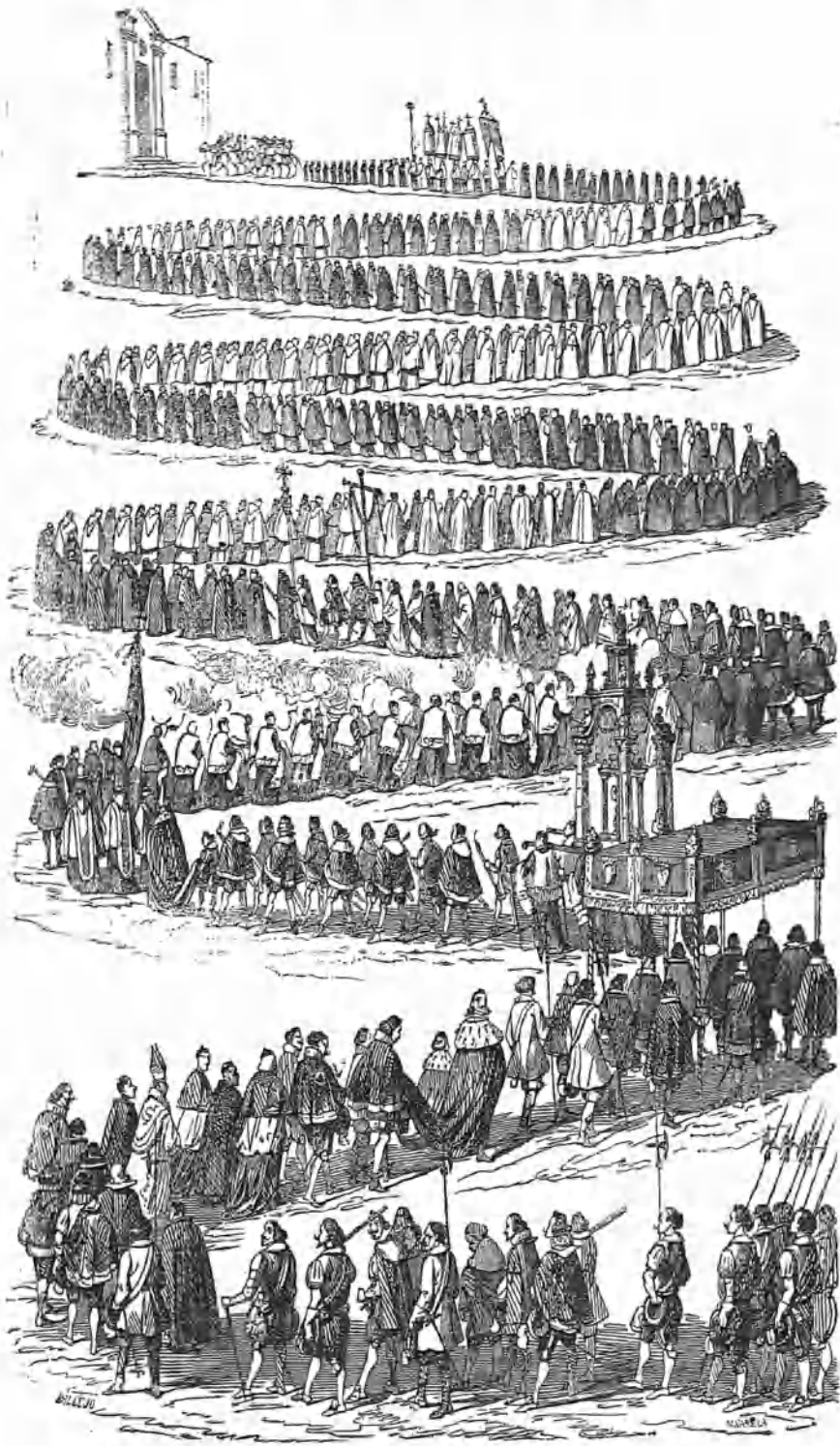


FESTIVIDADES RELIJIOSAS.



LA PROCESION DEL CORPUS EN MADRID: AÑO 1623.

Habiéndonos proporcionado la preciosa estampa que aparece á la cabeza de este artículo y forma parte de las muchas que embellecen la cuarta edición ilustrada de las *Escenas Madrilenas* por el *Curioso Parlante*, no podemos resistir al deseo de trasladar á nuestras columnas la descripción que el mismo autor hace de esta venerable fiesta religiosa, persuadidos como estamos de que quitar una sola palabra de ella es dejarla manca y estropeada, y añadirle algunas otras sería arrebatarle la sencillez, la concisión y exactitud que la recomiendan. ¡Tal es el privilegio de las obras bien acabadas!

Con la descripción que copiamos y con la estampa que la acompaña, el lector de menos viva imaginación no podrá menos de trasladarse al siglo XVII, y admirar la viva fe de nuestros mayores, la pompa y esplendor con que se celebraban las festividades religiosas; el aspecto devoto de una corte poética y de galanteos, último reflejo de una monarquía que desde entonces ha venido en decadencia, aunque momentáneamente haya querido recobrar á veces su pasado brillo. Hé aquí la parte del artículo á que aludimos y que tiene relación con la viñeta:

«Era el día 15 de junio del año 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad había sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelación de unas virtuosas mugeres que la confesaron á Roberto su Obispo, y siendo arceobispo de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó esta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

«Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero dibujo de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo, y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginación á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando crónicas y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

«Digamos particularmente para ello nuestra atención en el dicho día 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne función del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuart, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (despues Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), había llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año, con el intento de entablar su casamiento, que no llegó á tener efecto, con la infanta Doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

«Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste á la procesion, ó por el presidente del consejo, en caso contrario, se reúnan todos en dicha iglesia, y los consejos divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se formen con candeleros. Así, hácia la pila del bautismo estaba el consejo de Cruzada; á los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias; en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el consejo real de Castilla; en el del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion; en la de Santa Ana, el de Hacienda; en el cuerpo de la iglesia á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los grandes. El sitial del rey y príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media; y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y este al sumiller de cortina, primero para el rey, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se dá principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de palacio. Madrid lleva el pábulo, repartiéndose las cuatro varas y ocho borlonos de él por antigüedad,

«Aquel año se verificó así, y el príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fué en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pié durante toda ella, así como el marqués de Boukingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

«El orden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines—seguián los niños desamparados y los de la doctrina—luego los pendones y las cruces de las parroquias—los hermanos del hospital general—los de Anton Martin y las comunidades religiosas por este orden—mercenarios descalzos capuchinos—trinitarios descalzos—agustinos descalzos—carmelitas descalzos—clérigos menores—padres de la compañía de Jesus—mínimos de la Victoria—gerónimos—mercenarios calzados—trinitarios—carmelitas—agustinos—franciscos—dominicos—basilios—premostratenses—bernardos—y benitos—La cruz de Santa María de la Almudena—la del hospital general de corte—la clerical en medio de las órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho el consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el supremo de Castilla.—Al izquierdo el de Hacienda—el de las Ordenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el

cabildo de la clerecía—veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios—la capilla real con su guien—tres capellos, el de en medio llevaba el báculo—el arzobispo de Santiago de pontifical—los pajes del rey con hachas—las andas del Santísimo—la villa con el palio—el rey—el príncipe al lado izquierdo—un poco detrás el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espinola al otro lado—el nuncio en medio de los dos—el obispo de Pamplona detrás.—El inquisidor general—el embajador de Polonia—el patriarca de las Indias—el embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra—el de Alemania—el Conde-duque de Olivares—los grandes cerca de la persona del rey—los titulos y señores á tropas en medio de la procesion—las dos guardias española y tedesca á los lados de la procesion—y detrás toda la de archeros.

Era costumbre de aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este día empezase la representacion pública de los Autos sacramentales, que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábase para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes: principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey el mismo día del Corpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon: seguia el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al consejo de Inquisicion, por la tarde á Madrid, desde donde por el órden que queda espresado del día antecedente, se seguian representando á los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente á ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al consejo, dando principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al consejo de Aragon, y que si el consejo de Inquisicion quisiesen autos se los representasen por la mañana, y por la tarde á la Villa; lo que se ejeculó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacian estos festejos á SS. MM., al consejo y Madrid, en los días Jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705 S. M. D. Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los corrales.

Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que

muchos de ellos tienen qualidades que los hacen interesantes. D. Pedro Calderon de la Barca solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, y á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por D. Pedro Prado y Alier, pagando á la villa 16,500 reales por su propiedad.

GEOLOGIA.

Los aluviones.

Las aguas que caen sobre las cumbres de las montañas, los vapores que allí se condensan, ó las nieves que se liquidan, descienden en una infinidad de arroyuelos á lo largo de sus pendientes, arrastran consigo algunas ténuas partículas, y marcan en el declive su paso con ligeros surcos. Bien pronto estos arroyuelos se reúnen en las concavidades mas notables de que está cubierta la superficie de las montañas, se deslizan por los profundos valles que socavan sus bases formidables, y van así á formar los arroyos y los ríos que vuelven á llevar á los mares las aguas que estos habian dado á la atmósfera. Al fundirse las nieves ó cuando sobreviene una tempestad, el volumen de estas aguas de las montañas, súbitamente aumentado, hace que se precipiten con una rapidez proporcionada al declive, van á chocar con violencia al pié de estos montones de piedras que cubren las laderas de todos los profundos valles, arrastran consigo los fragmentos ya redondeados que los forman, los limpian y pulimentan aun mas con la frótacion; pero á medida que llegan á valles mas llanos, en que por razon natural disminuye su caída, ó á concavidades mas anchas donde pueden esparcirse, arrojan sobre la playa las mas gruesas de estas piedras, que ya antes hacian rodar: los trozos mas pequeños son depositados mas abajo, y solo llegan al gran canal las partículas mas ténuas ó el cieno mas imperceptible. A menudo aun el curso de estas mismas aguas, antes de formar el gran río inferior, las obliga á atravesar un lago estenso y profundo, en el cual depositan su cieno y del que vuelven á salir claras y limpias.

Pero los ríos inferiores y todos los arroyos que nacen en las montañas mas bajas ó en las colinas, producen tambien en los terrenos que recorren, efectos mas ó menos análogos á los de los torrentes de las altas montañas. Cuando estan hinchados por grandes lluvias, atacan el pie de las colinas terrosas ó areniscas que encuentran en su curso y llevan sus despojos á los terrenos bajos que cubren aquel y que cada inundacion eleva una cierta cantidad; en fin, cuando los ríos llegan á los grandes lagos ó al mar y cuando cesa del todo esa rapidez que arrastra las partículas de cieno, estas se depositan á los lados de la embocadura, acaban por formar allí terrenos que prolongan la costa y si tambien el mar contribuye á su acre-

entamiento, arrojando á ella la arena y demas objetos que encierra en su seno, concluyen por formarse de este modo provincias y hasta reinos generalmente los mas fértiles y bien proveidos los mas ricos del mundo, si un gobierno paternal protege la industria y florece en ellos una paz octaviana.

Últimamente á estos terrenos así formados, es á lo que se dá el nombre de *aluviones* ó tierras de *aluvion*.

FRENOLOGIA.

Despues que con tanto acierto han hablado de esta difícil ciencia diferentes frenólogos últimamente, no debiéramos en verdad ocuparnos de ella; pero convencidos de su grande utilidad, nos atrevemos á presentar estas observaciones, separándonos del curso regular de su enseñanza y entresacando, por decirlo así, de entre lo mas interesante, lo que pueda conducirnos mas pronto á averiguar en qué consisten esa multitud de fenómenos, que atravesando y naciendo de nosotros, no alcanzamos sin embargo á poderlos explicar. Nace pues el hombre, y desde el momento en que su débil imaginacion consigue formar algunas ideas, todo su estudio está concentrado en el exámen de los objetos que le circundan. Despues que esta imaginacion ha obtenido algun desarrollo, ya no se ocupa solo en admirar, avanza un escalon mas, pasa á la eleccion, adhiriéndose á aquellos objetos que le son agradables, mientras que desecha por una repugnancia, cuyo origen ignora, los que han merecido su desaprobacion. Llega por fin á entrar en posesion de una razon completa, llega al último escalon á que naturaleza le concedió ascender, y á pesar de las modificaciones que por una esmerada educacion han sufrido sus inclinaciones, siente apoderarse de sí, aun á su pesar, deseos vehementes de un objeto de que su sano juicio le manda alejarse. Pregúntese á este individuo qué le conduce á optar por este objeto, que su razon rechaza, y por única contestacion nos dirá que es una fuerza de atraccion, que hallándose en continua lucha con los sentimientos que la civilizacion le ha inspirado, le arrastra hácia sí, con tal violencia, que solo á favor de una resolucion firme y una completa conviccion de que el acometer tal empresa, le reportaria el desprecio de sus semejantes, conseguirá combatirla. Harto tiempo divagó el hombre en averiguacion de las causas de estos sentimientos, y por último, merced á sus investigaciones, al estudio y observaciones repetidas sobre sí misma, vino á saber que ciertas fisonomías, ciertas cabezas en estructura semejantes, daban por resultado sentimientos tambien semejantes. Tomando por base este importante descubrimiento, se abrió un camino mas ancho en la ciencia, y vino por fin á concluir que la estructura física ejerce una influencia grande sobre la parte moral. Debemos sin embargo advertir que esta influencia varia considerablemente en tanto en cuanto son diferentes los temperamentos de las personas sujetas á ellas. Supongamos cuatro hombres cuyas cabe-

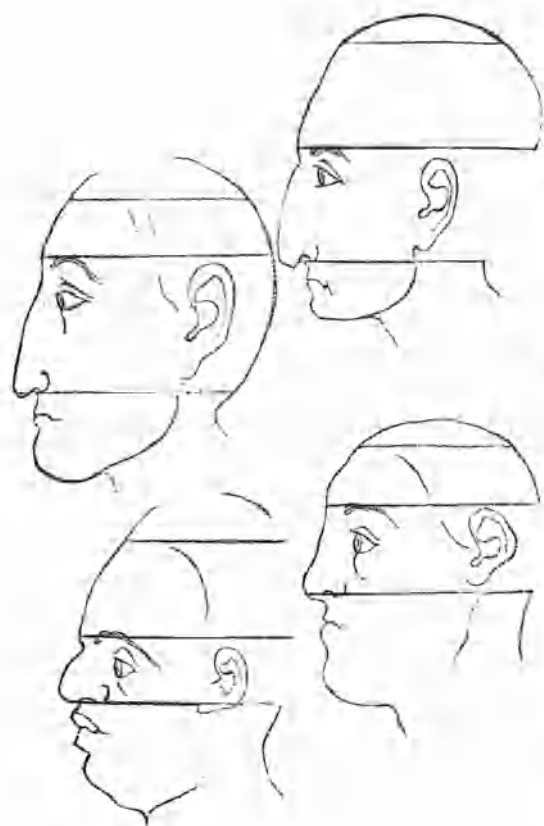
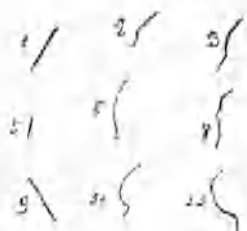
zas presentan las mismas protuberancias, las mismas cavidades y dimensiones y que por consecuencia debiéramos atribuirles inclinaciones y sentimientos semejantes. Pues bien, estos cuatro, colocados al frente de un cuadro que representa la toma é incendio de Troya, nos dan á conocer las diferentes emociones que el mismo objeto ha producido en cada uno y cada fisonomía nos revela el poder de su temperamento. El bilioso ó colérico se indigna, cierra el puño y dirige una mirada ceñuda al lienzo que le deja ver millares de victimas, cuyos lamentos cree todavia oír y le falta poco, en su exaltacion, para lanzarse á protegerlos, buscando con ansiedad el autor de la traicion. El sanguíneo, dotado de una sensibilidad con extremo esquisita, enjuga las lágrimas que le brotan al aspecto de tales horrores. El melancólico contempla esta escena con aire pensativo y triste. Y por último, el flemático ó linfático, cómodamente sentado, dirige su perezosa vista al cuadro con atencion indiferente y fria. De aquí, pues, deberemos deducir lo interesante que es atender á los temperamentos, despues, ó mejor antes de examinar las diversas proporciones que guarda la cabeza del hombre, cuyas inclinaciones queremos adivinar. Así pues, como las eminencias y cavidades de la cabeza nos dejarán conocer el mayor ó menor grado de desarrollo de los diferentes órganos que encierran, así tambien la fisonomía nos permitirá descubrir por medio de las impresiones que de estos órganos recibe, la mayor proximidad á este ó aquel temperamento, puesto que es muy raro el individuo en que se marquen con exactitud todos los caracteres de uno solo, sin que participe de alguno de los demas.

Partiendo, pues, de estos antecedentes, entraremos en el exámen de las proporciones entre la cabeza y el resto del cuerpo. Si las dimensiones de esta guardan armonia con las del cuerpo, debe desde luego obtener alguna prevencion favorable. Si en la comparacion resultase la cabeza aumentada con dimensiones exageradas, esto nos indica generalmente una estupidez grosera, y si por la inversa estas fuesen muy reducidas respecto del cuerpo, deberemos anunciar debilidad é ineptitud. Para estudiar la cabeza, la consideraremos dividida en cuatro partes. La primera se estiende desde su mayor elevacion hasta el punto en que terminan los cabellos y principia la frente. La segunda desde este hasta las cejas. La tercera la distancia que las separa del punto que sirve de base á las narices. La cuarta desde estas á la barba. En proporcion que estas líneas son entre sí mas equidistantes, prueban tanto mas rectitud de espíritu y regularidad de carácter. Si por el contrario nos presentan irregularidad en las distancias, nada bueno nos permitirán augurar.

Despues de este exámen general, pasaremos á otro mas detallado, considerando aislada cada una de las partes que componen la fisonomía, es decir, la frente, los ojos, las narices, la boca, las mejillas y la barba.

1.º La frente es la ventana del alma. Advertiremos que tanto en esta como en lo restante de la cara, debemos distinguir la porcion huesosa, de la muscular que la cubre. La primera nos deja conocer la organizacion primitiva en que para á ninguna impresion grave las costum-

bres, mientras que la segunda, combatida por las pasiones que nos acometen, termina por ser el espejo indeleble en que estas pasiones se reflejan. Podemos, pues, decir, que la figurada la porcion huesosa revela el al-



cance de nuestras facultades intelectuales, á la par que la muscular descubre los sentimientos que generalmente nos agitan. Un célebre frenólogo hablando de las frentes, nos suministra observaciones importantísimas, de cuyo resúmen hemos podido deducir este axioma. Las líneas que una frente describe, son de buen augurio cuando la asociación de las rectas está en armonía con las curvas, y cuando su posición no es muy perpendicular ni muy inclinada. Suponiendo que estas nueve líneas designen la figura de las frentes, las tres primeras ligeramente inclinadas hácia atrás, indicarán imaginación y disposición. La marcada con el número 5 perfectamente perpendicular, nos revela la falta de talento y pertinacia. La del número 6, perpendicular, que forma por la parte de arriba un contorno convexo, anuncia

capacidad, y un pensador profundo. La del número 7 redonda y saliente en la parte superior nos da á conocer juicio y vivacidad, pero tambien una grande insensibilidad. Las tres últimas pertenecen á espíritus débiles y talentos muy limitados.

2.º Los ojos negros en general, anuncian mas energía que los azules, pero en los castaños ó verdosos resalta mas que en ningunos la viveza y el vigor.

Cuando el ángulo del ojo que termina en la nariz, es largo y agudo, designa talento, y si el párpado abierto traza una línea aproximadamente horizontal, es señal de estremada delicadeza. Cuando la línea circular del párpado levantado describe un arco completo, marca bondad y dulzura.

Las cejas. Las cejas, colocadas en línea recta y horizontal prueban un carácter varonil, ligeramente encorvadas, fuerza y bondad. Las cejas poco pobladas, colocadas muy altas dividiendo la frente en dos partes iguales revelan debilidad y medianía, y en proporción que mas se aproximan á los ojos, tanto mas sério, profundo y sólido es su carácter.

Las narices. Las narices, que del nacimiento ó raiz se encorvan hácia arriba, convienen á caracteres llamados al mando. Las perpendiculares suponen un alma que sabe padecer y sufrir. Si la ternilla es larga, pueden anunciarse grandes facultades intelectuales. El agujero de la nariz pequeño, nos dá á conocer un espíritu tímido. Cuando las alas de la nariz se presentan muy desprendidas y muy movibles denotan delicadeza de sentimientos, pero que puede degenerar en sensualidad.

La boca. Los labios gruesos y regulares no se unen jamás á la hipocresía y ruindad. Una boca cerrada, cuya hendidura longitudinal traza una línea recta, es indicio de orden y sangre fría; un poco levantada en sus estremos, dá á conocer vanidad ó malicia. Si el labio superior sobresale mas que el inferior, la boca espesa bondad, si al contrario mas este que aquel, esta bondad viene á degenerar en dulzura y generosidad. Una boca muy cerrada, anuncia firmeza, y en las ocasiones en que se trata de ponerla á prueba las personas que tienen costumbre de tenerla entreabierta, la cierran siempre.

Los dientes pequeños son atributo de la fuerza.

Las mejillas y la barba. Hablando con propiedad, las mejillas no pueden recibir el nombre de facciones, y tan solo deberemos considerarlas como el fondo de los órganos sensitivos. La parte mas espesa de las mejillas, es la que se extiende desde el ala de la nariz hasta la barba: sellada por surcos triangulares, presenta señales de envidia, mientras que un poco levantada en dirección de los ojos por la costumbre de sonreírse deja ver un natural amable. En general, las barbas metidas hácia atrás, hacen sospechar una debilidad femenina, aquellas que se dirigen á fuera terminando en punta, nos dan idea de un talento desarrollado, y por fin las que siguen la dirección perpendicular, prueban una firmeza razonada.

Antes de concluir el artículo, presentaremos á nuestros lectores un breve bosquejo de los principales caracteres físicos y morales que distinguen á cada uno de los diferentes temperamentos.

TEMPERAMENTO SANGUÍNEO.**Caracteres físicos.**

Los individuos que participan de este temperamento presentan una fisonomía animada, el color sonrosado, estatura alta, formas dulces aunque bien espesadas, carnes consistentes, grueso mediano, los cabellos de un rubio que tira á castaño, la susceptibilidad nerviosa será bastante viva y seguida de una variación rápida.

Caracteres morales.

Afectados con facilidad por las impresiones que les causan los objetos esternos, pasan con velocidad de una idea á otra, su concepción es feliz y pronta, su memoria buena, su imaginación viva y risueña, gustan mucho de los placeres, de los banquetes y del amor. La inconstancia y ligereza son su principal atributo, una estrechada variedad les es tan necesaria como un placer; buenos, generosos y sensibles, vivos, apasionados y finos en el amor, aunque inconstantes, en ellos el hastío se sigue inmediatamente al deleite, meditando el olvido en medio de las delicias mas embriagadoras abandonan á la belleza en el mismo instante en que se los creía mas atados con un lazo duradero. En vano el que ha dotado naturaleza con el temperamento sanguíneo pretenderá renunciar á los placeres sensuales, tener unos gustos fijos y duraderos, y llegar por medio de meditaciones profundas á las verdades mas recónditas; pues dominado por sus disposiciones físicas, volverá continuamente á los placeres que huye y á la inconstancia que es su patrimonio, mas á propósito para las producciones brillantes de la imaginación, que no para las sublimes concepciones del ingenio.

TEMPERAMENTO BILIOSO.**Caracteres físicos.**

Los comprendidos en esta clase presentan las venas subcutáneas muy abultadas, la piel es de un color pardo que tira á amarillo, los cabellos negros, la gordura mediana, las carnes apretadas, los músculos espesados, y las formas poco agradables.

Caracteres morales.

Las pasiones de estos son violentas, los movimientos del alma á menudo atropellados é impetuosos, y el carácter firme é inflexible. Atrevidos para idear un proyecto, constantes é infatigables en su ejecución, se cuentan entre los hombres de este temperamento los que en diversas épocas han gobernado los destinos del mundo; llenos de valor, audacia y actividad, todos se han señalado con grandes crímenes ó grandes virtudes, y han sido el espanto ó la admiración del mundo. La ambición es en los biliosos la pasión dominante lo mismo que en los sanguíneos el amor.

TEMPERAMENTO MELANCOLÍCO.**Caracteres físicos.**

Este temperamento participa de algunos de los caracteres del bilioso, así que á aquellos solo podremos añadir, que los que de él participan se tñe su piel de un color mas oscuro, y el mirar es inquieto y sombrío.

Caracteres morales.

Un disgusto general influye en el color de las ideas de los melancólicos, la imaginación se hace lúgubre, y el carácter receloso. Los hay entre ellos quien se distingue por su timidez, perfidia y desconfianza, buscan la soledad por instinto, manchándola con los actos de la mas bárbara atrocidad y los desórdenes mas escandalosos. La desconfianza y la timidez junto con todos los extravíos de la imaginación, forman el carácter de este temperamento.

TEMPERAMENTO SIMPÁTICO.**Caracteres físicos.**

Los dotados de este temperamento son altos, gruesos, sus carnes son flojas, el semblante pálido, los cabellos crespos ó cenicientos, las formas redondas, pero sin expresión.

Caracteres morales.

Los linfáticos tienen una memoria poco segura é inconstante la atención, la mayor parte conoce una resistencia invencible, y una propensión insuperable á la pereza, y una repugnancia á las tareas del ingenio así como á los trabajos corporales; ineptos para los negocios, nunca ejercen mucho imperio sobre sus semejantes, ni han cambiado la faz del mundo con negociaciones ni conquistas. Sus pasiones son extraordinariamente moderadas.

**POESIA.****LA MEMORIA DE DON ENRIQUE GIL.****I.**

Venid recuerdos de dolor henchidos,
Venid y en torno de mi sien volad,
Los que tal vez en plácidos sonidos
Llevó fugaces mi primera edad.

Tranquilos sueños, apacibles horas,
En que gocé de amor y juventud,
Ilusiones en fin desgarradoras,
Acompañad también á mi laud.

Era un torrente de armonía lleno
El que halagó mi blando corazón,
Que prestaba frescor al prado ameno
Y murmuraba con doliente son.

Flores y aromas en su torno via,
Mustias violetas, pálido jazmín,
Imágen, todas, de la vida mía,
Luz moribunda en medio del festín.

Al verme entre ellas levanté mi frente,
Postrer esfuerzo de apagado amor,
Seguí anhelante el eco del torrente,
Y me uní á su clamor con mi clamor.

Y las flores sus tallos inclinaban,
Y callaban las rafagas medrosas,
Y absortos mis oídos escuchaban
Vibraciones sin duda misteriosas.

Y una voz á la par triste y sonora
Por las pérdidas auras resbalando;
Crepúsculo solemne de una aurora,
Que tormenta y dolor está anunciando.

A su acento mis fuerzas se agotaban,
En mi pecho sus ecos se perdían,
Al torrente mis lágrimas bajaban,
Y en su espuma tal vez se confundían.

¡Mas ay! el ave que gimió en la orilla,
Cuyo era el canto melodioso y puro
De amor y de ternura maravilla,
Huyó al rugir de vendaval impuro.

Y ahora vago afligido, en la cascada
Ni un eco solo que me halague escucho;
La deliciosa selva está callada,
Y abandonado á mis angustias lucho;

El torrente resbala silencioso
Y las flores también se marchitaron;
Solo queda en mi pecho el doloroso
Recuerdo que sus ayes me dejaron.

Pero este vive en la memoria mía,
Como la yedra al corazón asido,
Y el ruiseñor de la floresta umbría,
Nunca en la tierra quedará en olvido.

II.

Pajarillo enamorado
Que solo á llorar naciste:
¿Por qué abandonas el prado
Mustio, solitario y triste,
Desde que tú lo has dejado?

Tal vez entre blancas rosas,
Ruisseñor, yaces dormido,
Tus querellas dolorosas,
En las auras vagarosas
Hayan desaparecido.

Porque tu cantar no siento,
Ni vuelas á la enramada,
Ni trae tus ecos el viento,
Ni responde á tu lamento
Laavecilla enamorada.

Bien comprendo en mi dolor

Que no llorabas en vano,
Tú sentías el rigor,
Del destino que inhumano
Roba la dicha de amor.

Mas aunque así presagiabas
El mal que cerca veías,
Acaso no columbrabas
Que tan dulces melodías
De tu amargura sacabas.

Que el corazón oprimido
Tiene poderoso encanto,
Cuando eleva confundido,
Entre el amor y entre el llanto
A los cielos su gemido.

Tan amargo sentimiento
Como en tu lira esprimiste
Dentro de mi pecho siento,
Que presto me aguarda ¡ay triste!
Semejante apartamiento.

En vano tu raudó vuelo
Quiero seguir por las nubes,
Que mi mal regido anhelo,
Se pierde en la luz del cielo
A donde tranquilo subes.

Si aun pudiera recoger
Un suspiro solamente
De los que vertiste ayer,
Cuando la aurora inclemente
Te miró palidecer.

Se escuchara el canto mio
Delicia de los verjeles,
Y en el inmenso vacío,
Salpicara mis laureles
Una gota de rocío.

Mas yo que sigo tu huella
Sin esperanza ninguna,
Me pierdo infeliz en ella,
Que nunca pálida estrella
Robó su luz á la luna.

No presumas, pues, cantor,
Que prosiga mi carrera,
Que sin tu lira de amor,
Temerario empeño fuera
Emular al ruiseñor.

Solo quiero que escondida,
Yazga la *humilde violeta*,
De mi jardín desprendida,
Como lágrima perdida
En la tumba de un poeta.

Bilbao junio de 1848.

VALENTIN DE ALDANA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Escasa y muy escasa en novedades ha sido para Madrid la presente semana: ni una comedia original, ni una ópera nueva; ni una persona medianamente célebre que le haya dado la gana de morir en nuestra capital, ni un descendiente de Intre alcañala, á quien se le haya antojado venir al mundo en ninguno de estos días. Fuera de España, se mueren los pontífices y nacen los príncipes; lo cual para bien del mundo católico, ni sucede así donde quiera, ni es cosa para todos los días; pues en tal caso, en lugar de príncipes, deberían nacer cardenales de Roma. Así se ve que nada hay que no tenga inconvenientes, y que si el mundo se hubiera de arreglar previo el dictamen de los que en él vivimos, sería cosa de tenerle continuamente desarreglado. ¿Si aun cuidando de él toda una Providencia, pasa lo que Dios sabe! ¿qué sería si lo dejase por nuestra cuenta y riesgo?

Pero volvamos á decir que en Madrid no ha sucedido cosa de provecho, pues aunque con repetirlo no adelantamos mucho, a lo menos no se dirá que faltamos á la verdad, de una de las maneras que hay de faltar á ella, que es no diciéndola íntegra y completa.

Ha habido, forzoso es confesarlo, algunas representaciones de comedias traducidas del francés; pero nadie se empeñará en sostener que esas sean cosas de provecho; hay quien les niega hasta el título de comedias, y ni aun como sainetes se dignaría admitirlas. Nosotros, y sea dicho de paso, si viviésemos á nuestro cargo el arreglo de las cosas humanas, no permitiríamos que hubiese comedias ni sainetes traducidos, mientras pudiesen componerse ni sainetes originales. Pero, se nos dirá que la dificultad no está en que puedan componerlas nuestros ingenios, sino en que las empresas de teatros quieran representárselas. Pues ahí, replicaremos siguiendo la misma hipótesis, nosotros haríamos que las empresas de teatros hiciesen lo contrario de lo que hacen en el día, que es precisamente lo único que les falta para ser buenas. Ya ven nuestros lectores que no somos muy exigentes, ni nos comprometemos demasiado: en el caso supuesto, el mundo podría estar mal gobernado, eso sería lo más natural; pero las empresas de teatros habían de estar como un reloj de French, marcarían la hora del buen gusto, sin diserepar un segundo.

Hoy por hoy, sucede todo lo contrario; y las empresas de la Cruz, del Príncipe y del Museo, nos dan á falta de comedias originales, traducciones de *Un matrimonio bien avenido*, *Uno de tantos bribones*, *Dos contra uno*, *Los dos sargentos franceses*, y *Reinar contra su gusto*.

Un matrimonio bien avenido no es lo que á primera vista aparece por el título: el matrimonio de la comedia es como la mayor parte de los de carne y hueso. El autor, como francés, y por lo mismo, hombre que lo entiende, clara es que no había de ir á presentarnos como modelo cómico la escepcion, sino la regla general. El milagro de los buenos matrimonios en Francia, no se dá ni aun en las comedias. Estas podrán no ser muy morales, pero en punto á verdad y exactitud, tienen toda la de los retratos hechos al daguerrotipo. El escritor francés ha estado por consiguiente en su lugar, y si en algo ha fallado con respecto á las costumbres de su país, no somos nosotros por fortuna los encargados de juzgarle; harto tendríamos que hacer con el traductor, si la comedia no estuviese tan bien traducida. Pues ya que nuestro destino ordena la necesidad de las traducciones, menos malo es encontrarse en la escena comedias como *Un matrimonio bien avenido*, aunque de su moral no resulte una lección demasiado provechosa; siquiera, no padecerá el idioma, ya que el corazón no gane gran cosa.

Uno de tantos bribones es una de tantas necesidades como se traducen diariamente, y que ni en francés ni en ningún idioma del mundo deberian componerse. Los primeros cuadros carecen enteramente de interés, los

últimos tienen alguno. El público los toleró con bastante resignación, y hasta hubo momentos en que se decidió á aplaudir. Esto cuando más, probará que al público suele acontecerle muchas veces, lo que á Hamero solo le sucedia algunas. Si nosotros tuviéramos que reformar el mundo, empezariamos por suprimir una parte del público de los teatros; aunque á decir verdad, y por que sobre nuestras cabezas no recaiga la nota de injusticia, preciso es confesar que no sabemos si los aplausos del que concurre á la Cruz á ver la representation de *Uno de tantos bribones* se dirijan á los actores, que todos trabajaron con inteligencia y buen gusto, ó á los pensamientos del autor del drama, en que con tan poca habilidad se ha querido copiar el *Tartufo* ó *Hipocrita* del inmortal Moliere.

Dos contra uno, es una piececita ingeniosa y ligera, si bien tan poco aplicable á nuestra escena como las anteriores.

Los dos sargentos franceses, novedad de hace diez ó doce años, tiene todos los defectos de aquellos melodramas sentimentales que se representa en los teatros de tercer orden de París, sin ningún interés. Y *Reinar contra su gusto*, es más bien que comedia un sainete, malamente vertido al castellano y tomado de una ópera francesa. Con decir, que en él hay un molinero á quien hace rey su cocinera; fácil es formar una idea aproximada de su mérito.

A esto, y al concierto que dieron los dos hermanos *Canos*, en el salon de Postas-Peninsulares, están reducidas las novedades dramáticas y líricas de la semana. El señor Cano (D. Antonio) ejecuta admirablemente en la guitarra las más dificultosas composiciones, y nos recuerda sin que lo echemos de menos, el mérito y habilidad de los famosos Huerta y Aguado, á quienes tal vez superó en ejecución.

Entre tanto la prensa de la capital sigue mejorándose de día en día y los principales periódicos rivalizan en hacer ameno é interesante el folletín, que tanto furor ha hecho en Francia y que tantos apasionados y apasionadas va adquiriendo en nuestro país. El *Español* y el *Heraldo* han enriquecido su buen surtido de novelas, con la interesantísima y prodigiosa que con el título de *Memorias de un Médico* ha compuesto el famoso Alejandro Dumas, y que el primero de ambos periódicos ha empezado ya á publicar. Sumamente celoso y diligente en esta parte el editor de la *Semana Pintoresca* que con tanta aceptación ve la luz pública en esta corte, ha encomendado la traducción de tan preciosa novela á uno de nuestros más distinguidos ingenios y principiará á publicarla inmediatamente por entregas extraordinarias que se agregan á dicha *Semana Pintoresca*.

Para que se vea que nada ponemos de nuestro bolsillo al hacer estos elogios de la nueva novela de Dumas, he aquí lo que de ella dice el *Español*:

«Comenzamos á dar hoy las Memorias de un Médico, de ALEJANDRO DUMAS. El autor del Conde de Monte-Cristo y de la Dama de Monsoreau, ha querido luchar en competencia con ESCOFFIER, que debe publicar muy pronto las Memorias de un Espósito, y hemos querido que los lectores de El Español asistan á esta lucha de los dos gigantes de la novela. Según los periódicos de París, las Memorias de un Médico abrazan la historia del presente siglo; y será la obra de mayor importancia, la más interesante y acabada de cuantas han salido de la fecunda pluma de ALEJANDRO DUMAS. Nosotros, á juzgar por los primeros capítulos que de ella hemos leído, podemos asegurar á nuestros lectores que semejantes elogios no nos parecen exagerados, y que el interés principia desde la primera página, continuando siempre vivo y crecientemente.»

Los demás periódicos se han expresado en iguales términos.

Madrid 1846.—Imprenta de la Cruz de San Juan, en la calle de Huertas, n. 22